

IV Centenario de la Reforma Teresiana (1562-1962)

APUNTES DE ESPIRITUALIDAD

Hay unos principios y unos principiantes que, casi siempre, son objeto de los mejores amores. El niño nace de la ansiedad de un dolor ajeno y vive, por mucho tiempo, de esta deliciosa realidad. Para la madre es distinto. El dolor es de ella, tan de ella que es ella misma; y el principio del dolor es, al mismo tiempo, vocación y madurez de amor. Y lo que se ama se cuida, porque el amor es en sí mismo un principio de cuidados y vigiliias. Es obvio añadir que estos apuntes de espiritualidad están dedicados a los principiantes.

El calendario nos recordará en estas fechas el IV Centenario de la Reforma Teresiana. Nadie que conozca a Sta. Teresa puede pensar en algo distinto del amor. Amor a Cristo y a su Iglesia; amor a su Reforma, principio decisivo y **definitorio** de todo su amor. Este Centenario —cuatrocientos años— tiene el volumen de un mar sin fáciles orillas. Lo más seguro es naufragar, perderse en estas fechas, si intentamos resumirlas, definir las y abarcarlas todas. En todo caso, el escritor es demasiado pequeño para intentarlo.

No es fácil penetrar en las entrañas de Avila, donde la Santa nació el 28 de marzo de 1515. Ni es fácil seguirla por los caminos de España, de aquella España del siglo XVI, a paso de carreta, peregrina de Dios, en menester de Fundadora, hasta los quince monasterios que sembraron sus ansias de Madre y Reformadora. Ni es cómodo reseñar las andanzas y vicisitudes de la Santa en Avila entre los años 60 y 62, y aun los que siguieron, haciendo todos los oficios para la fundación de su primer convento de San José, donde nacen, para Dios y su Iglesia, las Carmelitas Descalzas. No, no es nada fácil. El escritor, un humilde hijo de Sta. Teresa, siente su frente cargada de sudor, de agobio, de impotencia. Su VIDA —lo que ella escribió en los 40 capítulos de su vida— suena tanto a lucha de mujer, a superación, a concepto de amor subido, a lecciones de oración y anonadamiento, a forja penosa y diaria, como al viejo y castellano huso, donde ella hilaba la lana y Dios tejía el corazón prodigioso de la Santa con mimos de Padre. No. Ella hizo, y dijo, y amó tantas cosas, y las escribió tan deliciosamente, que es mejor que el lector las tome y las medite por su cuenta.

Nuestra labor es más sencilla. Consiste en quitarnos las sandalias para andar a pie descalzo, recogernos la ropa sobre las rodillas y pasar el río, de piedra en piedra, por donde las orillas

parece que se dan la mano. Quizá en la pequeñez del río, desde el remanso de sus piedras, lleguemos a entender las sumas de su todo. Quizá, sentados en la orilla, entreveamos la presencia del misterio. O del amor, que es el anuncio del misterio. Aquí hemos de quedarnos, sin descorder el velo hacia el asombro. La vida mística es como un taller de imaginaria; la transparencia nos entra por los ojos, el barro se transforma en imagen y la imagen es el resumen de la vida. Pero, eso no es todo. Nos quedamos al principio, en una introducción a la vida del misterio.

Las Fundaciones, La Vida, Las Moradas y el Camino de Perfección son los cuatro libros fundamentales escritos por la Santa. Nos parece increíble que pudiera escribirlos, pero lo increíble es, con frecuencia, lo verdadero. Escribió porque se lo mandaron, por cumplir con la obediencia; y escribió deprisa, sin borrar apenas, sin tiempo para meditar lo que escribía. Escribió para manifestar su espíritu; para enseñar, con su experiencia, a las que comenzaban. Con graciosa libertad, entre relatos y digresiones, fue creando una profunda doctrina espiritual, una espiritualidad pura, seria, honda, enraizada en la mejor teología de la Iglesia.

De estas lecciones de espiritualidad quisiéramos escribir breves apuntes, nociones apenas de oración, de contemplación y actividad, de santidad y mística, de los primeros fenómenos espirituales, de la discreción en la guía de espíritus, de los confesores y la conveniencia de que sean "letrados". Estos apuntes atañen, especialmente, a los principios y, más concretamente, a mujeres de vida retirada y contemplativa; pero, así y todo, no dejan de ser válidos y eficaces para todas las almas que se acercan a Dios en el silencio de la oración.

Es bueno establecer el sentido definitivo de la santidad como unión teologal —fe, esperanza y caridad—. De la mano de estas tres virtudes se llega a Dios y se opera la unión. Cualquiera otro camino es falso. De la misma manera, los fenómenos espirituales —místicos— deben llevar el sello teologal para ser verdaderos. San Juan de la Cruz consagra capítulos enteros a la purgación de la memoria, el entendimiento y la voluntad para desposeerlos de todo lo que no es Dios. En su lugar, la fe, la esperanza y la caridad, llevarán las potencias a una entrañable unión con Dios (1).

Se dice que la santidad de los místicos es más segura, ya que en forma ostensible Dios los lleva de la mano. No conviene gritarlo mucho. No es seguro que lo sea. No lo es, al menos, para Sta. Teresa. Es más, ésta seguridad se vuelve problema, grave problema, si no hay alguien capacitado para guiarla, como después veremos.

(1) Subida del Monte Carmelo, Libros segundo y tercero.

Tampoco los fenómenos místicos avalúan y cualifican la santidad: "Es cosa que importa mucho —dice ella— entender que no a todos lleva Dios por un mismo camino, y por ventura el que le pareciere va por muy más bajo está más alto en los ojos del Señor" (2). La existencia de los fenómenos místicos puede ser, pero no es siempre señal segura de santidad. La fe, la esperanza y la caridad es la vía única donde lo "más alto" y lo "más bajo" se establecen.

Otra cuestión previa: ¿es mejor la contemplación que la acción? Depende de muchas cosas. Depende, sobre todo del "vocatus" paulino, de Dios que es el que llama. Afortunadamente no se nos ha dado a elegir; es Dios el que elige por nosotros. Aceptación y humildad es lo que aconsejaría Sta. Teresa, dos virtudes que están al alcance de la ascesis del hombre corriente. Vida contemplativa y vida activa son dos formas de santidad; "pues si contemplar y tener oración mental y vocal y curar enfermos y servir en las cosas de la casa y trabajar, sea en lo más bajo, todo es servir al Huesped... ¿qué más se nos da en lo uno que en lo otro?" (3). Sin entrar

en más detalles sobre lo que la Santa entiende por "contemplación", sólo lo apuntamos. La oración es el verdadero templo de los misterios, donde las almas se curten, donde el espíritu sosega y duele, donde hasta la carne se transforma. La oración es "principio para alcanzar todas las virtudes y cosa en que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos" (4). En la espiritualidad carmelitana, la oración ocupa el centro de todas las actividades. En la espiritualidad cristiana debe igualmente ocuparlo. El taller de la santidad es la oración; "y ninguno, por perdido que sea... lo había de dejar" (5).

La oración, sin embargo, requiere los primeros cuidados por lo mismo que es el principio de la perfección. En ese mundo de misterio es fácil tropezar. No sabemos si cada una de las almas es llamada a mayores participaciones de la vida de Dios. Sobre todo en la mujer hay que extremar la vigilancia y prodigar de inmediato los cuidados necesarios. Y si la mujer vive apartada del mundo y consagrada a Dios, con mayor razón.

En las **Fundaciones** relata la Santa las peripecias de cada uno de los conventos —quince— que ella fundó y, de paso, escribe los mejores consejos y advertencias para conducir espiritualmente a las monjas. La vida de la carmelita descalza es de encerramiento, soledad y oración. La carmelita margina los cuidados del mundo desde el momento que se cierran tras ella las puertas de la clausura. Su vida, en lo humano, se reduce radicalmente, se estrecha, pierde la cos-

tumbre normal de su vida anterior y ha de ensayar un nuevo proceso de vivir donde hasta las cosas más pequeñas son una sorpresa. Para ello, además de una integridad física, moral y humana, desarrollada por los cauces de la más severa normalidad y de un ambiente propicio a la alegría del nuevo vivir, urge el tacto, la proximidad delicada de maestros y superiores para desarrollar en ella la santidad del encerramiento y la oración.

Es verdad que todo es nuevo, pero nada cambia de repente. La nueva vida puede desarrollarse al estilo de la vieja. Cambian los gustos de la misma manera que ha cambiado el ambiente. Quizá la actividad se mudó por la quietud, el afecto humano por el espiritual, la amistad mundana por la religiosa. Pero nadie ha cambiado el alma, ni el sentimiento, ni la imaginación, ni la capacidad afectiva de la persona. Por eso, uno de sus primeros avisos es para cortar todo clima de trato afectivo que pueda derivar en "demasiado" (6). Entre mujeres es más frecuente aún. La Santa hablará hasta la saciedad sobre este género de tanto lleno de enredos, insistiendo mucho en atajar estas parcialidades, ya que "las niñerías que vienen de aquí no tienen cuenta" (7).

Pero sigamos con nuestros apuntes. "Mirando a lo que sucede de cosas espirituales en estos años en estos monasterios..." (8). Este es el hecho, el que "suceden cosas espirituales". Lo que supone una gracia especial de Dios puede convertirse, por ignorancia, en obsesión y hasta enfermedad. La Santa no teme tanto al demonio como al propio natural de la mujer, a lo sensible, a la flaqueza natural, a la imaginación, a la "melancolía". El peligro es quedarse ahí, encerrado, adormecido, quieto y sin osarse mover. "porque aunque el cuerpo está preso, no lo está la voluntad, ni la memoria, ni el entendimiento, sino que harán su operación desvariada, y por ventura, si han asentado en una cosa, aquí darán y tomarán" (9).

La Santa penetra agudamente en el conocimiento del "yo". Y no se olvida de sus complejidades. Para desarrollar la santidad del "yo" hay que cuidar igualmente al cuerpo y al alma; o mejor, no debemos olvidar que alma y cuerpo constituyen el "yo" humano. Alma y cuerpo deben subsistir en armonía perfecta, en el equilibrio jerárquico que, a través del "yo", se convierte en actividad vital, libre e independiente. "Ansí aconsejo a las prioras que pongan toda la diligencia posible en quitar estos pasmos tan

(2) Camino de Perfección, 17, 2. Edición del P. Silverio.

(3) Camino de Perfección, 17, 6. Id.

(4) Camino de Perfección, 16, 3. Id.

(5) Camino de Perfección, 16, 3. Id.

(6) Camino de Perfección, 4, 5. Id. Es utilísima la lectura de los capítulos 4-9 para los que viven en comunidades. La Santa estudia minuciosamente las diferencias del amor espiritual puro y simple y de "otro amor espiritual, y junto con él nuestra sensualidad y flaqueza o buen amor" (4, 12).

(7) Camino de Perfección, 4, 8. Id.

(8) Fundaciones, 4, 2. Edición del P. Efrén, B.A.C.

(9) Fundaciones, 6, 5. Id.

largos; que no es otra cosa —a mi parecer—, sino dar lugar a que se tullan las potencias y sentidos para no hacer lo que su alma les manda” (10). Con la cita nos llega un análisis admirable sobre “una oración de quietud, a manera de sueño espiritual, que embebece el alma de manera que si no entendemos cómo se ha de proceder aquí, se puede perder mucho tiempo por nuestra culpa y con poco merecimiento” (11).

¡Caminos misteriosos estos de la oración! El alma está a merced del ímpetu del espíritu. En la terminología teresiana esto se llama regalar Dios al alma. Dios obra sus prodigios sin prescindir de la condición humana. El principio tomista de que Dios no destruye la naturaleza sino la perfecciona, es siempre válido. Y porque es válido, no se le puede atribuir a Dios, a la gracia, la destrucción, sino la perfección de lo que El mismo ha creado. Lo cierto es que muchas almas pueden arruinarse por falta de cuidado, y si no se vigila este proceso se alterará hasta la salud. Se caerá en la “melancolía —estados neuróticos— y se estarán frustrando las mejores fuerzas para servir a Dios.

El remedio es desentumecer el alma, airear las potencias hasta con un trabajo manual reparador. Y “andar con alegría y libertad, que hay algunas personas que parece se les ha de ir la devoción si se descuidan un poco” (12). La libertad de espíritu les dará más alas, hará más normales las actividades ordinarias y podrá compaginar el regalo del alma con un perfecto equilibrio. La santidad —y esto es importante— nunca deformará las acciones humanas ya que es la superación, la realización de todo el hombre.

Por otra parte, si el alma se encierra en sí misma sería más señal de soberbia y vanidad que de santidad. Que nadie crea que la vida mística es solo un impetuoso dejarse llevar o dejarse hacer, un oscuro y desordenado camino que enajena y desenraiza. No. Ni siquiera es la aceptación sumisa de fenómenos sobrenaturales para conducir por ellos. Se engaña quien así piensa. Es el confesor —director— el que tiene siempre la última palabra (13), porque, en definitiva, la obediencia es la base de la vida espiritual.

La Guía de almas requiere prudencia, discreción. El terreno es delicado. “La discreción es gran cosa para el gobierno y en estas casas más necesaria —estoy por decir mucho más que en otras—, porque es mayor la cuenta que tiene con las súbditas, así en lo interior como de lo exterior” (14). En la línea del párrafo anterior,

la Santa insiste: “deben tomar recreación aun para tornar a la oración más fuertes. En todo es menester discreción” (15). La vida de clausura conlleva problemas específicos. Y no se puede prescindir de ellos. La discreción es una virtud de gobierno. La discreción aconseja dirigir las almas por donde son llamadas. Partiendo de los fundamentos de su propia vida, absténgase el director de imponer su gusto particular. Podría hacer mucho daño. Y hasta frustrar la vocación de muchas almas (16). Dirigir un alma es comprenderla, y comprenderla es asemejarse a ella.

La discreción hay que llevarla al campo de los defectos personales. Punto difícil para todo director. Las prisas son contradictorias. Es mejor ir poco a poco, sin violencias, no sea que ocurra “como si a un niño cargan dos hanegas de trigo, que no solo no las llevaría, mas quebrantarse ha y cairáse al suelo” (17). Discreción, discreción, discreción. La Santa fue una enamorada de la obediencia, sin embargo, avisa a las prioras a “mirar lo que hacen”. La prudencia es la medida de toda formación, y el que dirige y aconseja a las almas está obligado a poseerla o, cuando menos, a administrarla.

Para completar estos apuntes del magisterio teresiano diré algo de los confesores, de la estima de la Santa por los letrados. “Siempre os informad, hijas, de quien tenga letras, que en éstas hallaréis el camino de la perfección con discreción y verdad” (18). La dirección espiritual es indispensable para una formación sólida y segura. El confesor es seguridad y luz a la vez. Sobre él recae una responsabilidad que no siempre corresponde a la realidad. Quizá por eso mismo no abundan (19).

El renacimiento epiritual de nuestros días hace más urgente la creación de directores de almas. Es una profesión apasionada. No hay vida ni transformación más gozosa que la espiritual. Ni hay arte más complejo al mismo tiempo. Dirigir conciencias es cargar con las almas de los demás, como decía el Maestro Avila. Entre los carismas recibidos, éste es uno. Quizá por eso no abundan.

Sobre los directores “letrados” tienen la Santa los mejores encomios. En última instancia a ellos se les confía la conciencia para que la modelen (20). No importa que en muchos casos no tenga experiencia directa de estos fenómenos; Dios los tiene para enseñar en su Iglesia. La Santa los admiró, los amó, se puso en sus manos y los recomendó (21). Entre un santo y un “letrado”, la Santa se inclina por éste. La con-

(10) Fundaciones, 6, 5. Id.

(11) Fundaciones, 6, 1. Id.

(12) Vida, 13, 1. Id.

(13) Cuentas de conciencia, Relación 4. Ese puñado de hombres extraordinarios dejaron una huella permanente en su vida. La Santa no se ruboriza en confesarlo.

(14) Fundaciones, 18, 6. Id.

(15) Vida, 13, 1. Id.

(16) Fundaciones, 18, 6. Id.

(17) Fundaciones, 18, 10. Id.

(18) Fundaciones, 19, 1. Id.

(19) Vida, 13, 6. Id.

(20) Moradas quintas, 1, 7. Id.

(21) Camino de Perfección, 5. Edición del P. Silverio.

junción de las dos cosas es el ideal del confesor, pero confesor letrado nunca la engañó. Debemos admitir que un confesor teólogo, prudente y espiritual es una garantía en el confesonario. No olvidemos que Dios lleva a las almas por diferentes caminos. La labor del confesor es admitirlo, enseñar lo mejor y evitar engaños. Quizá recaerá la responsabilidad definitiva sobre sus hombros, y es doloroso decir que "se harán hartos borrones pensando que es santidad" lo que apenas es engaño y obsesión de espíritu enfermizo (22).

Entre los muchos ecos de este cuatricentenario teresiano, quisiéramos que el nuestro fuera uno, el más pequeño, el más insignificante; pero eco, y memoria, y recuerdo, al fin. Apenas si nos mojamos los pies cruzando el río por donde su cauce es más pequeño. Pero insistimos: cual-

(22) Fundaciones, 19, 1. Edición B.A.C.

quiera puede bañarse hasta el naufragio, hasta descubrir por sí solo la universalidad deslumbrante de la espiritualidad teresiana.

Queremos hoy un remanso para la meditación y el diálogo con Dios. Vivimos ruidosamente una tremenda soledad. Todavía es más seguro adelantar que la necesitamos. Somos niños en busca de protección. El estudio de las cosas de Dios, la meditación de los valores del espíritu y de la propia existencia cristiana crearán, de nuevo, la armonía. Dios creó en el hombre su interlocutor, el "tú" receptor del YO divino. El diálogo nos llega por la oración. El hombre que no habla con Dios es que ha perdido su sentido. Que este IV Centenario de la Reforma Teresiana sirva, al menos, para eso: para recordarnos la necesidad, el deber de orar y la urgencia de hombres que enseñen el verdadero camino de la oración.

FR. ANGEL MARIA
Carmelita Descalzo

LA IGLESIA Y LAS MISIONES

El propagar la fe en el mundo entero es problema de altísima importancia, tanto por su origen como por su finalidad; tiene como fin la dilatación del reino de Dios y la difusión del santo Evangelio para que todos los pueblos indistintamente puedan gozar de los frutos de la redención y participar de la riqueza inagotable de la gracia, de la cual la sangre de Cristo es fuente perenne y divina.

Esta acción exige la voluntariosa y concorde cooperación misionera de toda la Iglesia, de los sacerdotes y de los fieles. "El secreto de todo buen resultado —de hecho— es la organización (porque) solamente de ella puede esperarse un resultado seguro y continuado". Por cuanto esta organización está promovida por un único centro y se propone fines universales, se puede esperar con cierta confianza en un éxito más eficaz y duradero.

"A tal fin el Sumo Pontífice dio normas precisas para la nueva reglamentación de la Obra a la cual se asociaron las otras dos Obras de la Santa Infancia y de San Pedro Apóstol para la formación del clero indígena", invitando a los obispos a prestar "todo su apoyo y su celo" para la causa de las misiones, "cada uno en la su Iglesia", sirviéndose especialmente de la Unión Misional del Clero".

(Juan XXIII al cardenal Agagianiam. 3 de mayo de 1962).

Nuestra impresión como primer presidente en Italia de la Obra, y la experiencia de los cuarenta años transcurridos, desde 1922, confirman lo necesarias y sabias que fueron aquellas disposiciones. Por esto, en esta conmemoración de los ocho lustros del documento, deseamos solemnemente confirmarlo, tanto más cuanto que estas disposiciones tienen un singular relieve en las especiales circunstancias de hoy, en las que la atención de los católicos y de todos los que llevan sobre la frente el nombre de cristiano, está orientada hacia el inminente Concilio Ecuménico. Y se trata de un acontecimiento cuya luminosa irradiación en el mundo se anuncia llena de suaves promesas para el apostolado en las misiones, pues es lícito esperar que los fieles encontrarán en la próxima asamblea ecuménica estímulo para dedicarse a la dilatación de la fe católica, especialmente por medio de las obras pontificias citadas.

Confiamos, pues, que nuestros venerables hermanos continuarán promoviendo con celo el incremento de las Obras Misionales Pontificias; fomentando de todas las formas la actividad de los beneméritos sacerdotes directores nacionales y diocesanos.